

y sobre todo emocional, causa una congestión al cerebro, que el volumen de éste aumenta y que el de los órganos periféricos disminuye; pero esto no nos dice nada especial acerca de la imaginación, que no es más que un caso particular de la regla. Es verdad que en estos últimos tiempos se ha tratado de estudiar á los inventores por un método objetivo: (exámen de los diversos aparatos, circulatorio, respiratorio y digestivo; la sensibilidad general y especial; las modalidades de la memoria, las formas de asociación, los procedimientos del trabajo intelectual, etc.); pero, hasta ahora, de esas descripciones individuales, no se ha sacado ninguna conclusión que permita hacer cualquiera generalidad.

Por lo demás, una experiencia, en el sentido estricto de la palabra, ¿se ha hecho jamás por ventura en el momento psicológico? No conozco ni una. Y ¿será posible hacerla? Admitamos que por una feliz casualidad el experimentador dispone de todos sus medios de investigación, que puede tener al inventor al alcance de su mano en el instante mismo de la inspiración y de la sacudida brusca, fecunda y breve de la creación: la experiencia, ¿no sería por sí misma una causa de perturbación, y, la observación obtenida, no resultaría *ipso facto* también viciada y poco concluyente por lo tanto?

Queda todavía un conjunto de hechos que merecen ser recordados sumariamente: las rarezas de los inventores.

Coleccionando únicamente las que se tienen por auténticas, se llenaría un volumen. A pesar de su apariencia anedóctica y frívola, esos documentos no merecen ser del todo desdeñados.

No me es posible entrar aquí en una enumera-

ción que no tendría término. Después de haber reunido, en mi instrucción personal, un gran número de esas extravagancias, me parece que todas ellas se pueden reducir á dos categorías:

1.ª Las rarezas inexplicables que dependen de la constitución del individuo, y probablemente todavía más de algunos acontecimientos de la vida cuyo recuerdo se ha perdido: Schiller, por ejemplo, que guardaba manzanas podridas en su mesa de trabajo.

2.ª Otras, más numerosas, son fáciles de explicar; á estas pertenecen los medios fisiológicos, consciente ó inconscientemente escogidos para facilitar el trabajo creador, y que son como los auxiliares ó adjuntos de la inspiración.

El procedimiento más frecuente estriba en aumentar el aflujo de la sangre al cerebro por medios artificiales. Rousseau meditaba con la cabeza descubierta y expuesta al sol abrasador; Bossuet trabajaba en una habitación fría y con la cabeza abrigada por pieles; otros meten los pies en agua helada (Gretry y Schiller); y son muchísimos los que componen tendidos «horizontalmente» y á veces acurrucados bajo la manta de la cama (Milton, Descartes, Leibniz, Rossini, etc.).

Algunos tienen necesidad de excitaciones motoras, y componen andando ó bien hacen preceder el trabajo del ejercicio físico (Mozart); á título de variante recordaremos á los que para inventar les es imprescindible el ruido de los coches, de las multitudes, de las conversaciones y de las fiestas populares; á otros les hace falta la pompa exterior y el grande aparato personal (Maquiavelo, Buffon y Guido Reni que, cuidadosamente peinado y magníficamente ves-

tido, se hacía rodear de sus discípulos que le servían con respetuoso mutismo.)

Son todo lo contrario de estos los que necesitan el recogimiento, el silencio, la soledad y aun las tinieblas como Lamennais; en esta categoría se hallan sobre todo, los sabios y pensadores: Tycho-Brahe apenas si salió de su observatorio durante veintiún años y Leibniz podía pasarse tres días en un sillón casi sin moverse.

La mayor parte de los procedimientos restantes son demasiado artificiales ó demasiado enérgicos para que no se conviertan inmediatamente en nocivos: todo el mundo los conoce: el abuso del vino, de los narcóticos, de los alcoholes, del café, del tabaco, etc., etc.; vigiliias prolongadas, menos para ganar tiempo en el trabajo que para provocar un estado hiperestésico y de susceptibilidad morbosa (Goncourt).

En fin, las bases orgánicas de la imaginación creadora, si es que le son *propias*, quedan por determinar, porque en todo lo que antecede no se trata más que de las condiciones del trabajo del espíritu en general: de la asimilación tanto como de la invención. Las excentricidades de los inventores, estudiadas con cuidado y hasta en sus menores detalles, acaso fuesen la materia más instructiva, porque nos harían penetrar en su individualidad íntima; así la fisiología de la imaginación se convertiría pronto en una patología; no insisto, pues voluntariamente he eliminado aquí el estudio morboso, sobre el cual volveré en otra parte de este ensayo (1).

(1) Véase la segunda parte, cap. IV.

III

Queda un problema completamente obscuro y enigmático que me atrevo á abordar desde luego. La analogía que la mayor parte de las lenguas (expresión espontánea de un pensamiento comun) establecen entre la creación fisiológica y la creación psicológica, ¿no es más que una relación superficial, un prejuicio y una metáfora, ó descansa en alguna base positiva?

Generalmente las diversas manifestaciones de la actividad mental tienen por precursora una forma inconsciente de la cual emergen. La sensibilidad, propia de la materia viva, conocida con los nombres de heliotropismo, quimiotropismo, etc., es como un bosquejo de la sensación y de las reacciones que la siguen; la memoria orgánica, es la base y la forma primitiva de la memoria consciente; los actos reflejos preludian la actividad voluntaria; los apetitos y tendencias oscuros son los heraldos de la psicología afectiva; y en algún modo el instinto parece un ensayo inconsciente y específico de la razón; ahora bien, el poder creador del espíritu humano, ¿tendrá también antecedentes análogos y algún equivalente fisiológico?

Un metafísico, Froschammer, que ha elevado la imaginación creadora á la dignidad de primer principio del mundo, lo afirma resueltamente. Para él hay una imaginación objetiva ó cósmica que trabaja en la naturaleza y produce las innumerables y variadas formas de vegetales y animales; después, transformada en imaginación subjetiva, se convierte en el cere-

bro humano en origen de una nueva forma de creación. «El mismo principio hace aparecer las formas vivas, especie de imágenes objetivas, y las imágenes subjetivas, especie de formas vivas (1).» Por ingeniosa y seductora que sea esta teoría filosófica, evidentemente, no tiene valor positivo alguno para la psicología.

Resta considerar la experiencia. Enseña la fisiología que la generación es una «nutrición prolongada,» un exceso, como se ve claramente en las formas inferiores de la generación agama (el desarrollo de las yemas y la escisiparidad). A su vez la creación imaginativa supone también una exuberancia de vida psíquica, la cual por otra parte pudiera consumirse de otro modo. La generación, en el orden físico, es una tendencia espontánea y natural aunque recurra, con éxito ó no, á procedimientos artificiales; de ella se puede decir lo mismo que de la otra, tanto que sería fácil redactar la lista de sus semejanzas, pero todo ello no bastaría para establecer la completa identidad de los dos casos y zanjar la cuestión.

Preferible es limitarla, planteándola en terminos más precisos. ¿El desenvolvimiento de la generación y el de la imaginación, son conexos? Aun en esta forma, apenas si la cuestión permite más que relaciones vagas. En favor de la conexión puede alegarse:

1.º La influencia bien conocida de la pubertad, en la imaginación de los dos sexos se manifiesta en sueños y en aspiraciones hacia un ideal inaccesible (2), y

(1) *Die Phantasie als Grund princip der Weltprocesses*, 1887, München. Véase el apéndice C para más detalles.

(2) Un párrafo de Ghataubriand citado por Paulhan (*Rev. fil.*, número 1898, pág. 237), es una descripción típica de esta situación. «El ardor de mi imaginación (de adolescente), mi timidez, y la soledad hi-

en el ingenio de invención que el amor presta á los peor dotados; recordemos también las perturbaciones mentales y las psicosis conocidas con el nombre de hebefrenia. Con la adolescencia, coincide el primer florecimiento de la fantasía, que, al dejar la envoltura de la infancia, no es toda vía juiciosa ni razonable.

No es indiferente para la tesis general de esta obra hacer notar que el desenvolvimiento imaginativo depende por completo de la efervescencia primera de la vida afectiva. Esta «influencia de las pasiones sobre la imaginación» y «de la imaginación sobre las pasiones», de la cual los moralistas y los antiguos psicólogos hablan con tanta frecuencia, es una formula vaga con la que se expresa este hecho: que el elemento motor incluido en las imágenes se ha reforzado.

2.º Por el contrario, con la vejez, que en resumen no es más que la decadencia de la nutrición, una atrofia progresiva disminuye la facultad de la generación que coincide con la de la imaginación constructiva; omito las excepciones. Conviene no olvidar el influjo de la castración; según la teoría de Brown-Séguard, esta última produce una disminución de las funciones nutritivas por supresión de un estimulante interno, y aunque sus relaciones con la imaginación creadora no se hayan estudiado especialmente, no sería temerario admitir que más bien es causa de depresión.

cieron que en vez de lanzarme á la vida exterior me concentrase en mí mismo; falto de un objeto real, evocaba por el poder de mis vagos deseos un fantasma que no me abandonaba nunca; forjaba una mujer de todas las mujeres que hasta entonces había visto, y, esta visión encantadora, me seguía invisible á todas partes, entreteniéndome con ella como con un ser real, y modificándola según el grado de mi locura. Pig maleón amó mucho menos á su estatua.

No obstante, todo lo dicho prueba solamente que, entre las dos funciones comparadas, hay una concomitancia en la marcha general de su evolución y en sus períodos de crisis, lo que no es bastante para conclusión definitiva alguna; para ello sería necesario observaciones precisas, auténticas y bastantes numerosas que demostrasen que seres desprovistos de imaginación creadora la han adquirido súbitamente por el sólo hecho de las influencias sexuales, ó lo inverso, que imaginaciones brillantes se han extinguido en condiciones contrarias; Cabanis (1), Moreau de Tours y otros alienistas parecen estar en favor de la afirmativa; pero, algunas de sus observaciones, me parecen poco seguras y otras poco explícitas.

A pesar de mis investigaciones en este sentido, y de una minuciosa información cerca de personas competentes, no me atrevo á sacar conclusión alguna; dejo, pues, sin resolver esta cuestión; acaso otro que la intente sea más dichoso que yo lo he sido.

(1) Cabanis, *Rapports de Physique et du moral*, en la anécdota que atribuye á Buffon. También se hallaran hechos análogos pero menos claros en la *Psychologie morbide* de Moreau (de Tours.)

CAPITULO V

EL PRINCIPIO DE UNIDAD

La naturaleza psicológica de la imaginación sería muy imperfectamente conocida si se limitase al estudio analítico que hasta aquí hemos hecho. En efecto, toda creación, cualquiera que sea, grande ó chica, presenta un carácter orgánico y supone un principio de unidad, sintético. Cada uno de los tres factores (intelectual, emocional é inconsciente) no trabaja aislado y por su propia cuenta, no tienen valor más que unidos entre sí, ni significación más que por su convergencia.

Ese principio de unidad que toda invención requiere y exige, es tanto de naturaleza intelectual (una idea fija) como de naturaleza emocional (una emoción fija, es decir, una pasión); pero estos términos, idea y emoción fijas, son un poco absolutos y admiten restricciones y reservas que hemos de hacer inmediatamente.

La distinción entre ambos no es absoluta.

Toda idea fija está mantenida por una necesidad, tendencia ó deseo, es decir, por un elemento afecti-